
Roger SCRUTON, *Sobre la naturaleza humana*, Madrid: Rialp, 2018, 148 pp., 15 x 22, ISBN 978-84-321-4963-4.

Este libro comenzó siendo tres conferencias que el autor impartió en Princeton el año 2013. El autor afirma que son el mejor resumen de sus ideas, aunque tal vez no el mejor modo de responder a todas las dificultades que puedan surgir al lector atento. Considero que este resumen, incluso gracias a su brevedad, es digno de una lectura atenta: está escrito con un orden y claridad admirables, se apela a las experiencias del propio lector, intenta responder a los prejuicios más instalados en nuestra cultura, se insiste en las distinciones y diferencias para no obviar voluntariamente nada de lo que se debe considerar como humano.

El capítulo primero lleva el título: «Especie humana». Ya estas primeras páginas revelan el duelo con el biologismo y con el cientificismo, sin duda dos de los principales rasgos de la cultura de comienzos del tercer milenio. El autor respeta los logros científicos, pero advierte que hay otro modo humano de conocer. El conocimiento científico se refiere a objetos, pero el sujeto humano no es nunca un mero objeto, describible en términos objetivos. «Pertenecemos a una especie no definida por su configuración biológica» (p. 28). Lo que nos caracteriza como humanos no es ninguna determinación biológica, por tanto la singularidad humana no hay que buscarla en lo que fuimos, en nuestra genealogía evolutiva, sino que somos personas. Personas encarnadas para las que todos los descubrimientos biológicos tienen una aplicación. Personas que solo se comprenden a sí mismas desde el punto de vista de primera persona y dotadas de intencionalidad cognoscitiva y volitiva. Por eso, además de ciencia, sabemos por comprensión: no tengo ciencia de mí mismo como sujeto, ni hay ciencia que asegure que los demás piensan igual que yo; pero sin duda comprendo que pienso y comprendo que los que me hablan son también sujetos como yo.

De ahí se concluyen dos resultados decisivos. El primero tiene que ver con la propia razón y, en consecuencia, con los mismos fundamentos de la ciencia: «La práctica de dar, recibir y criticar las razones de la acción depende de la autoatribución de esas razones y, en general, todas nuestras respuestas interpersonales también dependen de que creamos que otros se atribuyen a sí mismos creencias, actitudes, razones y emociones» (p. 49). Y, en segundo lugar, la formulación de aquello en lo que consiste la singularidad humana: «So-

mos una clase de seres que se relaciona con miembros de su misma clase a través de relaciones interpersonales y la autopredicación de sus estados mentales. Los estados intencionales de su ser reflejan su repertorio conceptual. Para comprender tus emociones, debes conceptualizar el mundo» (p. 52).

El segundo capítulo se titula «Relaciones humanas». La idea es precisa, aunque sus consecuencias puedan prolongarse muy profundamente. El hombre, cada ser humano, necesita de otros seres humanos: llegamos a ser hombres porque aprendemos el lenguaje de los hombres y ellos reconocen el yo en el que ellos mismos consisten. Eso significa que hay dos modos de saber: «La divergencia que existe entre esas dos formas de considerar al hombre –como persona o como organismos– no invalida las diversas prácticas que se desarrollan en esos órdenes. Conceptualizamos el mundo de dos formas diferentes, según sea nuestra intención explicarlo o comprenderlo como comprendemos a los demás. No podríamos vivir sin esa dimensión personal porque constituye lo que somos y todos nuestros planes y proyectos dependen de ella. Pero las nociones que conlleva no tienen cabida en la ciencia de nuestro comportamiento, ni tampoco en la teoría biológica del ser humano» (p. 83). Estas frases pueden leerse como una declaración de dualismo, pero en realidad hay que entenderlas como una formulación de la jerarquía entre diversos modos de conocer que responden a diferentes objetivos, lo cual hace aparecer una obligación para los que compartimos la misma naturaleza.

De ahí que el capítulo tercero se titule «La vida moral», que es la vida de la persona y que exige la comprensión. En ella la individualidad de cada quien se convierte en elogio, culpa y perdón. Aquí la posición contraria es el utilitarismo consecuencialista: la métrica y el cálculo aplicado a las propias acciones nos hace olvidar su comprensión propia. El autor adopta una ética de la virtud, que considera «el centro de la vida personal» (p. 15) y permiten la vida social y el autocontrol necesario para participar en ella sin olvidar las inclinaciones ni los sentimientos. Por eso requieren un contexto social que respalde la educación en las virtudes y unas familias o contextos de amor recíproco que conduzcan a la autodonación. Por eso, formula la siguiente apreciación: «La confusión de la gente joven a día de hoy demuestra, a mi juicio, que la moralidad desacralizada que promueve el consenso liberal no es apropiada para comprender nuestras emociones sexuales» (p. 126).

El último capítulo se titula: «Obligaciones sagradas». El autor advierte que todos tenemos la experiencia de que no todo depende de nosotros. Nadie ha elegido a su madre ni a nadie se le ha pedido permiso para traerlo al

mundo. A nadie se le pregunta qué lengua quiere aprender y todos recibimos la educación propia de nuestra generación. En relación a esas experiencias a la razón solo le corresponde el reconocimiento de lo que está más allá de su voluntad. El tema responde a una intención expresa: «Mi argumento me sitúa en una difícil posición: pretendo, de un lado, afirmar la importancia que para nosotros tienen la piedad, la contaminación y lo sagrado, pero por otro mi intención es también entender su significado a partir de una filosofía de la persona que realiza elecciones libres. Eso significa que, sin enmendar los supuestos ontológicos del contractualismo liberal, quiere recomponer una imagen integral del agente moral encarnado, tal y como este se nos presenta en la literatura, el arte y la religión» (p. 136). En definitiva, «la religión así entendida, es tanto resultado de la vida moral como el fundamento que la sostiene... La religión, de acuerdo a esta concepción, constituye el *compromiso* del propio ser» (p. 145). Pero hay cosas que el arte ha conseguido expresar mucho mejor que toda la filosofía: y el autor cita *Los hermanos Karamazov* y *París*.

A mi juicio este breve libro sirve hoy como una auténtica *Guía para perplejos* contemporánea. En estas páginas se dibuja un mapa de la entera vida humana y se establecen los hitos del camino del hombre. No sería pertinente, considero, mencionar lo que pudiera faltar, puesto que lo que aquí encontramos no tiene desperdicio y el autor ha prestado un servicio admirable a la causa del hombre contemporáneo.

Enrique MOROS

Iranzu GALDEANO GALDEANO, «*Mira que envío mi mensajero delante de ti...*». *La caracterización narrativa de Juan Bautista en el evangelio según Marcos*, Estella (Navarra): Verbo Divino (Asociación Bíblica Española, «Tesis y Monografías», 73), 2019, 266 pp., 16 x 24, ISBN 978-84-9073-489-6.

Las indicaciones bibliográficas resumen el libro en lo esencial. Se trata de la reelaboración de la tesis doctoral de I. Galdeano, profesora de exégesis y teología bíblica en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, en Roma.

El tenor del trabajo se advierte en el subtítulo y en la estructura del mismo. Una introducción de corte metodológico (pp. 19-38) da paso a cinco ca-